

**John FRANCIS BACON:** *Seis años en Bizkaia*. Introducción y anotaciones del texto, José Ramón Urquijo Goitia. Traducción, José Ramón y Mikel Urquijo Goitia. *Estudios Históricos III*, Diputación Foral de Guipúzcoa y Museo Zumalacárregui. San Sebastián, 1994.

Los estudios de la Primera Guerra Carlista son siempre interesantes, y más si cabe en esta tierra donde el apasionamiento y la mitificación de la historia busca siempre raíces de identidad nacional.

La Guerra Civil de 1833-1839 que asoló el País Vasco y Navarra, se enmarca dentro de la crisis del Antiguo Régimen y el triunfo de la Revolución Burguesa. En esta lucha, los contendientes pretenden imponer dos modelos distintos de sociedad. Por un lado, la vieja Monarquía Absoluta, donde la voluntad real tenía fuerza de ley y que había sido combatida con dureza por la burguesía europea desde 1789, será defendida en España por los partidarios del pretendiente D. Carlos. Por otro lado, el liberalismo, que supone el triunfo político de las ideas burguesas basadas, en la división de poderes: legislativo recae en unas cortes representativas, ejecutivo, en el gobierno de la nación y el judicial, en los tribunales de justicia, es la postura del gobierno de la regencia. Además en lo económico supondrá el triunfo pleno de las ideas capitalistas. Así pues, ambas razones sociopolíticas y económicas, serán combatidas en la guerra encubiertas detrás de una lucha dinástica.

Los levantamientos carlistas se sucedieron en prácticamente todo el país tras la muerte de Fernando VII, el 29 de septiembre de 1833. La represión de este movimiento evidenció la localización geográfica de su fuerza en tres zonas: las Vascongadas-Navarra, Cataluña y el Maestrazgo aragonés; y se manifestó con la aparición de partidas guerrilleras de bandoleros que muchas veces eran antiguas bandas de ladrones acogidos a la banderas del pretendiente.

José Ramón Urquijo Goitia, uno de los más significados especialistas en el tema carlista, así lo avalan su producción historiográfica: “*El Carlismo y Rusia*” (Hispania, 1988), “*Represión y Disidencia durante la Primera Guerra Carlista, la policía carlista*” (Hispania, 1985). Los Cuadernos de Sección. Sociedad de Estudios Vas-

cos. Historia, 1985) etc., nos introduce de nuevo en el ya clásico libro del viajero inglés John Francis Bacon “*Seis años en Bizkaia*”. Aparte de la colaboración junto a Mikel Urquijo Goitia en la traducción del original inglés, nos hace una intensa contextualización histórica del periodo que narra el escritor anglosajón.

Durante los años descritos en el libro, se suceden los dos Sitios de Bilbao, que son estudiados detalladamente por Urquijo Goitia a través de una extensa labor documental, investigando en archivos nacionales e internacionales como el Archives du Ministère des Relations Exterieures (París), Archivio Storico del Ministero degli Affari Esteri (Roma), Public Record Office (Kew, R.V.) etc. Además, realiza un minucioso vaciado de las fuentes nacionales, tanto las ubicadas en el País Vasco como en el resto del estado. Y por último, es digno de mencionar el gran trabajo de estudio de la prensa tanto francesa, inglesa, italiana y española.

Releer en esta nueva edición, la extraordinaria obra del viajero inglés John Francis Bacon “*Seis años en Bizkaia*” es siempre estimulante para los amantes de la historia de la guerra carlista. Bacon, narra sus vivencias y observaciones de primera mano durante los seis años que paso en Bizkaia. En esta fructífera época tienen lugar una serie de acontecimientos de la importancia de los dos sitios de Bilbao y la muerte en el primero del general Zumalacarregui. A través de este recorrido, tratará una serie de cuestiones que la historiografía tradicional carlista ha magnificado, dándonos una visión bastante más realista de los hechos ocurridos en esta contienda. De lo dicho hasta ahora, no se desprende un trato de favor al bando liberal pues, a la hora de tratar la estrategia militar isabelina y la oficialidad de su ejército, no duda en criticar con contundencia la escasa planificación de sus ataques y a la postre rotundos fracasos.

Profundizando más en el relato, podemos comprobar cómo el viajero inglés siempre tuvo claro los intereses que se ventilaban en esta lucha fratricida. Así su análisis, lejos de caer en la tan traída y llevada lucha dinástica, que es usada como tapadera, le lleva a afirmar que “*Carlistas y Cristinos, aunque adjetivados en el nombre de las personas reales, representaban sobre todo dos modelos de sociedad*” (pág. 94). Como podemos comprobar, su visión no deja de ser interesante para la época en que fue escrito el libro.

Igualmente, el tema foral estará presente en las páginas de este libro y el autor defiende el hecho de que la guerra carlista no fue una lucha en la que los partidarios del pretendiente protegiera los fueros frente a los liberales. Sobre esta cuestión la visión que nos da

es la siguiente: “Se ha afirmado que don Carlos defendía los fueros vascos en 1829, cuando el gobierno de Madrid estaba ansioso por eliminarlos. Ninguna afirmación puede ser más infundada - nadie era menos merecedor que él. Si la influencia o la voluntad del infante había sido tan buena o tan grande, ¿por qué permitió que los fieles navarros fueran convertidos en soldados normales, o que las aduanas fueran establecidas por toda Navarra, con impuestos no mucho menores que los de Castilla?” (pág. 201).

Otro tema, que ha sido mitificado por la historiografía tradicional, ha sido las continuas derrotas del ejército isabelino. Bacon resta importancia a este hecho recordando que no era tal la abrumadora superioridad de las tropas de la reina pues, “todos los oficiales del ejército constitucional de 1820-3 fueron obligados a abandonarlo, o de lo contrario someterse a un estricto examen por un tribunal carlista, para probar que estaban libres de la menor mancha de liberalismo...” (pág. 213). Es decir, durante la ominosa década, el ejército había sido abandonado por el gobierno, apoyándose en los voluntarios realistas que a la postre serán el núcleo inicial de los partidarios del pretendiente carlista.

Asimismo la voluntariedad de las tropas carlistas, como ha querido justificar la historiografía, es una quimera. Los soldados que combaten en un bando o en otro son pagados y su afán en la lucha depende de que la soldada llegue a tiempo. El campesino que participa en la guerra está desmovilizado ideológicamente y su lucha no sintoniza con ninguno de los dos modelos de sociedad de los que ha sido excluido y marginado. No obstante, la corte carlista y posteriormente sus defensores nos intenta presentar unas tropas voluntarias luchando por la tradición y el Antiguo Régimen frente al liberalismo sostenido por los “peseteros”, es decir por mercenarios pagados con dinero. El autor inglés no puede ser más explícito cuando comenta el engaño propagandístico “D. Carlos y sus oficiales querían que sus propios seguidores fueran presentados como voluntarios todo piedad y virtud luchando pro bono regis (en favor de la causa del rey)” (pág. 247).

Para finalizar, John Francis Bacon rompe el consenso en torno a la figura de Zumalacarregui. Para el periodista británico, el oficial carlista hay que colocarlo en su justo medio, intentando desmitificar esa aureola que le otorgan sus partidarios y sus detractores. El jefe de las tropas del pretendiente está dentro de una tradición, que hunde sus raíces en la táctica de guerrillas que se impuso en la lucha contra el invasor francés. La reflexión que lleva a cabo es importante y aporta otra visión menos apasionada del héroe del car-

lismo. En referencia a este tema dice: “la destreza de Zumalacárregui había sido exagerada demasiado, tanto por sus partidarios como por sus enemigos. Resultaba muy natural que sus seguidores alabasen a su afortunado líder; y que sus enemigos pensasen, probablemente, al darle fama de gran estratega, reducir su propia humillación. No renovó el arte de la guerra, simplemente hizo lo que Mina había realizado antes, cuya táctica es la autóctona de las provincias vascas (...) sus ventajas: son vecinos de un país en el que pueden procurar soldados y suministros; tener un fuerte partido en su favor en el gobierno de Londres y en todo el país...” (pág. 258). Así pues, cuando intentaron salir del medio rural para tomar una ciudad como Bilbao, se pudo comprobar verdaderamente su potencial.

En resumen, la reedición del libro de John Francis Bacon y la excelente presentación e incardinación histórica, por parte de J.R. Urquijo Goitia, a partir del análisis de una enorme cantidad de fuentes, tiene entre otros méritos la minuciosa y metódica labor investigadora del profesor del CSIC. En conjunto, constituye una aportación importante a la historia del carlismo y, además, supone nutrir el mercado bibliográfico con un libro de vivencias que aporta la visión que de la lucha civil de 1833-39 nos ofrece un viajero inglés, observador atento de todo lo que ocurre en Bizkaia.

Por último, no debemos olvidarnos del esfuerzo en la edición de la Diputación de Guipúzcoa en colaboración con el Museo Zumalacárregui. Para quien no conozca su colección de Estudios Históricos, diremos que éste es el tercer volumen que se publica, destacando en ella la calidad y la seriedad de la edición, haciendo con ello una aportación valiosísima en el conocimiento de la historia del País Vasco.

Francisco SANTOS ESCRIBANO.

**Josep BERNABEU MESTRE:** *Enfermedad y población. Introducción a los problemas y los métodos de la epidemiología histórica*, Seminari d'Estudis sobre la Ciència, Monografías 5, Valencia, 1995, 127 páginas.

La presente monografía resulta una valiosa síntesis introductoria a los problemas, fuentes y métodos de la epidemiología histórica. El mismo autor, en su introducción, reconoce que ha intentado aproximar la epidemiología a los estudiantes y profesionales de